

Retiro de Sábado Santo

“A la espera de Jesús Resucitado”

(Juan 19, 41-42)

PRESENTACIÓN

Compartamos espiritualmente, en el transcurso de este Sábado Santo, los sentimientos, anhelos, dudas y esperanzas que probablemente ocuparon el corazón y la mente de los discípulos de Jesús, de su Madre, y de los arrepentidos por haber traicionado al Señor.

No es muy difícil reconstruir aquellas horas en que, turbados y perseguidos, o cobardes y huidizos, muchos discípulos abandonaron al Maestro, simulando que no lo conocieron.

Sólo en su Madre, incommovible en su fe y amor, tenemos la seguridad de que ocupó lugar de privilegio la segura esperanza de la resurrección, lo mismo que lo ocupó en la segura esperanza de la encarnación.

Vamos a recurrir, para la reflexión, el estado de ánimo que tenían aquel sábado tres personajes del evangelio; Juan, María Magdalena y María, su Madre.

PRIMERA MEDITACIÓN

“Intimidad de Juan, el evangelista, pensando en Jesús”

Que Él me perdone, pero han pasado tantas cosas estos días que ya no sé si tengo ganas de que resucite o de que no resucite. No es por falta de confianza. Es por agotamiento. Que resucita es un hecho.

Todo lo que nos fue diciendo, lo ha ido cumpliendo y, además, cuando nos lo prometió solemnemente, durante la última cena, yo estaba nada menos que con la cabeza reclinada en su pecho y le oía latir el corazón. Así que ni dudarle. Lo que pasa es que yo querría tener más tiempo para ocuparme de su madre.

Cuando me la confió, desde lo alto de la cruz, me entró un miedo terrible de no saber cómo cuidarla. ¡Pero ella misma me lo ha hecho tan fácil! Si parecía que era ella la que tenía que cuidar de mí. Hay que ver qué ternura, qué serenidad. Luego qué seguridad en que va a resucitar justo al tercer día. Como que le tiene preparadas la túnica y las sandalias para que se las ponga de nuevo una vez resucitado.

A todos los que han ido estos días a visitarla, que han sido un montón, les decía lo mismo. Que aún no había llegado la hora y que todo lo que ha pasado tenía que pasar para que se cumplieran las profecías. Así que la gente se creía que iba a consolarla y salía consolada. Pensaban que iban a encontrarla como una plañidera y se la encontraban haciendo las cosas de la casa como si no hubiera pasado nada, esperando, simplemente, a que llegue la hora. La hora tiene que estar llegando, que ya se cumplen los tres días. Así que yo me voy a buscar a las otras dos Marías, la Magdalena y la de Cleofás, y con las dos y con ella me voy hacia el sepulcro.

Seguro que le va a gustar ver cuando resucite, a estas mismas personas que vio siendo las últimas cuando cerró los ojos en la cruz. A las dos Marías, a su madre y, modestamente, a mí.

Al contemplar el sentir de Juan ¿Qué surge en tu corazón que puedas decir al Señor?



SEGUNDA MEDITACIÓN

“Intimidad de María, la Magdalena, pensando en Jesús”

También es torpeza la mía. Siempre rodeada de gente y esta noche me quedo sola para rumiar mi nerviosismo. ¡Cuánto mejor haber entretenido la espera charlando y haciendo labor con las otras Marías! Claro que hay ocasiones en que las palabras, todas las palabras, suenan a hueco. Yo no necesito hablar esta noche. No necesito aturdirme. Lo que necesito es ¡que él vuelva! Si él no resucita, querrá decir que una vez más he ido detrás de un hombre. ¡Y esta vez estaba convencida de haberme topado con Dios! Jesús tiene que resucitar. La burla sería demasiado cruel.

No se pueden dejar tantas cosas para encontrarse al final de la renuncia con una mentira. De los hombres puede esperarse cualquier cosa... ¡Pero del Hijo de Dios, no! Lo prometió y tiene que cumplirlo.

Yo misma lo oí de sus labios cuando estaba a sus pies en casa de Simón. No sé quién protestó de que yo le perfumase los pies con bálsamo, y fue entonces cuando habló de su muerte. Él se dejaba ungir como si yo le estuviese embalsamando para el sepulcro, pero yo notaba que sus pies caminaban hacia la vida. ¡Tiene que resucitar! Tiene que estar ya a punto de volver. Yo tengo que ser la primera en descubrirlo. Yo he renunciado a demasiadas cosas en mi vida.

¿Habré de privarme también de esta vanidad? Ya no puede tardar.

Me voy hacia el huerto de José de Arimatea, donde lo sepultaron, y allí, escondida, para que nadie note mi impaciencia, apuraré la espera. Me llevaré el frasco con el bálsamo que sobró del festín en casa de Simón. Pero esta vez no lo gastaré en lavarle los pies. ¡Esta vez se lo derramaré por la cabeza apenas lo vea resucitado!

Al contemplar el sentir de María Magdalena ¿Qué surge en tu corazón que puedas decir al Señor?



TERCERA MEDITACIÓN

“Intimidad, de María, con su hijo en el corazón”

Esta noche voy a ponerle el pescado al horno, como a él le gustaba.

Mientras se va asando sobre las brasas, pondré la mesa para los dos.

Como siempre.

Puede que a última hora se traiga con él a Santiago y a Juan, por eso de que son primos y, naturalmente, sin avisar.

¡Ay, este hijo!

¡Que tenga una que estrujarse el corazón de esta manera...!

¡Siempre sufriendo, siempre esperando!

La vuelta de esta tarde es distinta.

Es como el retorno de un viaje más largo que nunca.

Como él me ha prohibido inquietarme...

Me dijo que volvería, y volverá.

¡Ya lo creo que volverá!

Jamás me ha fallado.

Todas las penas me las ha avisado con tiempo.

Bueno, y las alegrías también.

Esta de la resurrección, sobre todas.

Tiene que ser ya enseguida.

Quizá lo que tarde en asarse el pescado.

Aquí pondré las flores que me han traído esta mañana las vecinas, apenas acababa yo de volver del huerto con otro buen ramo.

¡Esta sí que va a ser una pascua florida!

¡Dios mío, tenerlo otra vez entre los brazos después de haberlo visto deshecho, como lo vi cuando me lo dejaron en el regazo, al descolgarlo de la cruz!

Bueno, que si me embobo se va a encontrar sin la cena cuando vuelva.

Como si volviera de otro continente, me parece esta noche.

El corazón me da que va a ser de un momento a otro.

¿Qué haré cuando lo vea entrar?

¿Será mejor que lo adore de rodillas o que le llene el cuerpo de besos?

Ya se va dorando el pescado.

Así como a él le gusta comerlo.

Un par de astillas más y ¡listo!, que tiene que estar llegando.

¡Sí parece que el corazón se me estalla de alegría...!

Al contemplar el sentir de la Madre ¿Qué surge en tu corazón que puedas decir al Señor?

